

I AS PALMAS DE GRAN CANARIA VISTA POR LOS VIAJEROS
EXTRANJEROS

ALFREDO HERRERA PIQUÉ

Las descripciones viajeras sobre la ciudad de Las Palmas tienen un interés muy restringido. Las más antiguas, que son relativamente escasas y de muy corta extensión, sólo pudieron referirse a una pequeña villa cuyo casco urbano se mantuvo casi inmutable durante tres centurias: la ciudad de la catedral gótica, el edificio municipal de Zurbarán, los tres conventos de los siglos XV y XVI y los otros tres del XVII, las ermitas, el puente sobre el Guinguada y la arquitectura colonial. La ciudad de la Real Audiencia de Canarias, del Obispado y de la Inquisición. Las descripciones viajeras más cercanas, que situamos fundamentalmente en la segunda mitad del siglo pasado, corresponden todavía a una pequeña urbe que comenzaba a desperezarse de su secular letargo y que tras su primera expansión moderna representada en el barrio de Arenales centralizó sus energías urbanísticas, demográficas y mercantiles en el distrito del Puerto de La Luz, a raíz de la construcción del Puerto de Refugio y del desenvolvimiento marítimo, comercial, turístico y económico en general que aquél propició.

Entre las primeras referencias descriptivas de esta ciudad se halla la que el factor inglés Thomas Nichols —quien operaba en Canarias en la segunda mitad del siglo XVI— incluyó en *A pleasant description of the Fortunate Ilandes called the Ilands of Canaria*: «La ciudad no sólo es hermosa, sino que sus habitantes son cuidados y bien vestidos. Y después de la lluvia o del mal tiempo puede uno caminar llanamente en zapatos de terciopelo, porque el suelo es arenoso, el aire muy templado, sin calor o frío excesivo». Estas calles eran, con pocas modificaciones, las mismas que existían a mitad del siglo pasado; estrechas vías que se enarenaban en ocasión de los escasos acontecimientos, generalmente los cortejos procesionales, que aquí se vivían, hasta que fueron modestamente empedradas a finales del siglo XVIII durante la gestión del corregidor Cano.

Correspondiente al último año del siglo XVI es la breve referencia que, en ocasión de circunstancias dramáticas para la ciudad —el ataque de la gran armada holandesa mandada por el general Van

der Does—, incluye Jan Orlers en *Nassausches Laurecrans*, crónica que relata aquel acontecimiento. Se afirma en esta relación que Las Palmas tenía cuatrocientas casas y que «es la ciudad capital de todas las Islas de Canaria y la Corte de sus Jueces, tanto eclesiásticos como políticos, en la cual tiene su sede el Inquisidor de España y el Gobernador del Rey en dichas Islas». Lógicamente esta crónica habría de referirse a las fortificaciones de la villa y al respecto se indica que ésta estaba «fortificada por un pequeño castillo situado en el litoral y por una muralla del lado del puerto hacia el Norte-Noroeste, estando del otro lado bastante guarnecida y protegida de las arenas del mar y de altas montañas. A través de la ciudad corre un riachuelo, que desciende de las montañas cercanas, no siendo profundo y por consiguiente inutilizable para las naves». Termina esta referencia con una alusión a la bahía de La Luz, atribuyendo al «puerto de Gran Canaria» mediana amplitud y profundidad y mencionando la existencia de un castillo al que se le da la denominación de *Graciosa*, en realidad el castillo de las Isletas o de La Luz.

En los siglos XVI y XVII las referencias impresas sobre Canarias y, en el caso que nos ocupa, sobre la ciudad de Las Palmas —llamada igualmente *Canaria*— aparecen recogidas en las obras geográficas de la época, singularmente en las descripciones del continente africano y sus islas adyacentes. Tal en las obras de Davity o Dampier, al tiempo que la imagen de la villa aparece junto a otras ciudades africanas en el mapa del continente (año 1635) del geógrafo holandés Wilhelm Blaeuw.

Una de estas referencias la expone el libro quinto —*De l'Afrique*— de la *Description de l'Univers contenant les différents systèmes du Monde*, compuesta por Allain Manaisson Mallet y publicada en 1685. Se menciona en este libro a Las Palmas como capital del Archipiélago («La grande Canarie a une Ville du mesme nom qui est la Capitale des autres Isles») y urbe populosa frecuentada por los viajeros que se dirigían a las Indias, así como honrada por la Sede Episcopal y por la presencia de varios conventos de religiosos.

También del siglo XVII es la descripción de la ciudad ofrecida por Dancourt en un libro que entra plenamente dentro de la literatura viajera: *Les voyages de sieur Le Maire aux Iles Canaries, Cap-Verd, Senegal et Gambie*. Se señala aquí que un castillo situado sobre una montaña —el castillo del Rey, edificado en la mencionada centuria— defiende a la villa, a la que el observador atribuye un perímetro de la medida aproximada de una legua. Entre otros detalles, se dice también de la ciudad que «la mayor parte de sus casas

están bastante bien construidas, aunque son bajas, no teniendo más que dos pisos. Todas tienen azotea, de forma que el techo es plano, se diría que son casas incendiadas». El visitante —que debió conocer la ciudad antes de 1664, ya que en su descripción enumera cuatro conventos, sin mencionar los de San Agustín y Santa Clara, fundados en el citado año— ponía así de relieve el contraste entre la llamada construcción colonial canaria, con matices específicos en Las Palmas, y el género de edificación acostumbrado en Francia y en general en Europa. Este contraste estará presente en varias de las futuras descripciones escritas sobre Las Palmas de Gran Canaria.

En la descripción de Le Maire se refería que durante el día no se veía a casi nadie en las calles de esta ciudad. Lo mismo dirá el P. Loyer en su *Voyage a le Royaume de l'Issigny* (1714), pero aplicando tal apreciación a Santa Cruz de Tenerife, puerto que él había visitado en 1706*.

Se inspiran enteramente en la descripción de Dancourt, en cuanto se refiere a la villa de Canaria, los emigrados franceses que a partir del 14 de julio de 1789 hasta el año VII de la República francesa desarrollan un periplo universal: Siberia, el país de los samoyedos, Kamtchatka, Baleares, Canadá y también, según refieren sus autores en un libro que se publicó en París a fines del siglo XVIII, las Islas Canarias. En esta publicación se describe a Las Palmas con las mismas palabras escritas en *Les voyages de sieur Le Maire*.

A mitad de ese siglo XVIII un célebre promotor de las pesquerías canario-saharianas, George Glas, había visto así a Las Palmas: «...es grande y posee varios edificios hermosos, particularmente la catedral de Santa Ana, con muchas iglesias, conventos de frailes de distintas órdenes y de monjas. Las casas particulares son buenas en general, construidas todas de piedra. La ciudad está dividida en dos partes que se comunican por un puente, sobre un arroyuelo». En su interesante descripción de las Islas Canarias, Glas incluyó una referencia de la arquitectura urbana de la época de valor para completar la imagen histórica de las ciudades isleñas.

Por entonces, y desde bastantes años atrás, era muy famoso el Teide —el *pico de Tenerife*—, principal atractivo para los viajeros que recalaban por el Archipiélago, especialmente cuando en esa misma centuria comenzó a manifestarse el interés científicos por estas Islas. André-Pierre Ledru, naturalista de la expedición dirigida por

* Cfr. JUAN MÉNDEZ CASTRO: *Escala del Sr. Le Maire en las Islas Canarias en 1682*, Rev. "El Museo Canario", 1975-76, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 75-82, y PAUL ROUSSIER: *L'Etablissement d'Issigny*, París, 1935, p. 131.

el capitán Baudin que vino a Canarias a finales del XVIII, reseñaba en su relación del *Voyage aux Iles de Ténériffe, La Trinité, Saint-Thomas, Sainte-Croix et Porto-Ricco* que de los cincuenta mil habitantes que tenía Gran Canaria en 1790 se contaban 9.440 en la capital, *Palmas*, sede del obispo, de la Audiencia, de un gran alcalde y del tribunal de la Inquisición. Sobre su puerto natural repetía también las respectivas apreciaciones contenidas en el relato de Dan-court.

Se había iniciado la fase de los viajeros científicos, gentes como Bory de Saint-Vincent que en el año XI de la República publicó su *Essais sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide ou précis de l'Histoire générale de l'Archipel des Canaries*. Escribió Bory que «la ciudad de Las Palmas puede tener nueve mil cuatrocientos treinta y siete habitantes; está dividida en dos partes por un riachuelo sobre el que había un puente de madera; es bastante bonita pero llena de conventos». En la época en la que visitó Bory la ciudad el puente de madera que por entonces unía a los dos barrios históricos había quedado prácticamente destruido por las crecidas aguas del barranco Guinguada.

El más famoso de estos viajeros, Alejandro de Humboldt, no visitó Las Palmas, pero sí lo haría después su compatriota Leopoldo de Buch que nos dejó la siguiente impresión de las dos partes de la villa: «La menor llamada la Vegueta posee la grande y hermosa catedral gótica, la audiencia, el palacio episcopal y todas las casas de los canónigos, de los capitulares y de los grandes propietarios de la isla. No es sorprendente pues que haya muchos más trajes tales y sombreros de teja, llevados por sacerdotes, que en la otra parte de la ciudad, la Triana. En ésta se hallan reunidos los comerciantes, los artesanos y todos los que tienen que trabajar para ganarse la vida». Destacaba Von Buch la diferente personalidad de los dos viejos barrios, tal como hiciera mucho tiempo atrás Pedro Agustín del Castillo.

A través de una ruta que le recordaba Africa y el Oriente, Von Buch entró en Las Palmas bajando la colina de San Antonio, donde observó las viviendas excavadas en la toba. «En Las Palmas se cree ver en las primeras casas y en las primeras calles una ciudad como Túnez o Argel». Estas casas de los suburbios escalonadas en las laderas, el género de edificación y la estampa de las palmeras canarias sugerían un escenario oriental. «En Las Palmas nada rompe las líneas horizontales de las construcciones que parecen como unidas a las blancas y áridas colinas en las que están adosadas y de las

cuales no se sabría distinguirlas. Las palmeras se elevan por todos lados, así como otros muchos árboles que no recuerdan nada las formas europeas; el tamarindo crece allí abundantemente, así como la *Carica Papaya*; pero son siempre españoles, y no orientales, quienes circulan en las calles».

Mucho más romántica es la visión recogida en las *Misceláneas Canarias (Histoire Naturelle des Iles Canaries*, tomo I, 2.^a parte), de Philip Barker Webb y Sabino Berthelot. Los viajeros desembarcaron en las playas de la Isleta, procedentes de Gran Tarajal (Fuerteventura). «Acabamos de cruzar la puerta de Santa Ana —escribía el narrador en torno al momento de su llegada a la ciudad— y penetramos en una villa populosa, bien construida, ornamentada de casas elegantes y edificios suntuosos». «El cielo brillaba de un vivo azul —prosigue más adelante— y nosotros atravesamos la *ville des Palmiers* que resplandecía bajo un sol radiante».

P. B. Webb vino a Canarias a finales de la tercera década del siglo XIX. Uno de los más destacados botánicos de su tiempo, Webb proyectaba seguir hacia el Brasil para acometer una expedición científica. En el verano de 1828 trabó relación con su futuro colaborador, Sabino Berthelot, quien residía en Tenerife desde 1820. Atraído por la naturaleza del Archipiélago Canario y por el entusiasmo que le mostrara Berthelot, Webb abandonó su idea de viajar a Brasil, que fue ocupada por el proyecto de preparar una gran historia natural de las Islas Canarias. En los dos años siguientes ambos se entregaron con empeño a la observación de la naturaleza de las Islas y a coleccionar materiales con el objeto de elaborar aquella obra fundamental. Posiblemente, la referida visita a Las Palmas tuvo lugar durante 1829 ó 1830. Como en el resto de las Islas, la visita a Gran Canaria tenía por finalidad cumplir aquellos objetivos, pero los naturalistas consideraron de interés permanecer un tiempo en la capital: «Nuestros proyectos de excursiones al interior de la isla quedaron pospuestos hasta nueva orden: la ciudad de Las Palmas, como capital de la Gran Canaria, merecía ser visitada en detalle; su población se eleva a casi doce mil almas. Un hermoso puente de piedra, que se ha construido sobre el barranco Guinguada, une los dos barrios; de una parte, Triana, que el comercio vivifica; de la otra, la Vegueta, donde predominan el alto clero, la magistratura y la autoridad militar. Entre los edificios que decoran esta parte de la ciudad se distingue uno de un aspecto triste y severo: las lavas negras que fueron empleadas en su construcción dan a sus paredes un tono lúgubre. Es la que fue en otro tiempo sede de la inquisición. El temi-

ble tribunal se había alojado junto al colegio, sin duda para supervisar la enseñanza y dirigirla a su capricho. En 1820, cuando el sistema constitucional derribó las viejas instituciones, a la primera noticia del acontecimiento, los estudiantes subieron al campanario de la iglesia que domina la casa del Santo Oficio y doblaron a muertos. Era la medianoche: los habitantes del barrio de Vegueta, sobresaltados por los siniestros redobles, creen que un incendio los amenaza y acuden al sitio que da la alarma. *No es nada* —les gritan desde las ventanas del campanario los traviesos jóvenes—, *calmad vuestro espanto y regocijaros; ¡la vecina ha muerto! Doblamos para su entierro. ¡Viva la Constitución!*».

Este significativo episodio, ocurrido pocos años antes, sería luego recogido también por autores como Millares Torres en su *Historia de la Inquisición en Canarias*. El colegio que menciona el narrador era realmente el Seminario de Canarias, que ocupaba el edificio que hasta el segundo cuarto del siglo anterior había pertenecido al colegio de los Jesuitas.

Como tantos otros viajeros que dejaron escritas sus impresiones de la villa, el autor de las *Misceláneas Canarias* subraya como edificio relevante a la catedral de Santa Ana, que por entonces aún mantenía en pie su primitiva fachada gótica al tiempo que veía levantar lentamente su nueva fachada neoclásica: «La catedral es un monumento digno de su renombre: la arquitectura exterior semeja mucho a la de la iglesia de San Sulpicio de París; su aspecto no es menos imponente. Se ha sustituido la antigua fachada por otra de nueva construcción, a partir de los diseños de don Diego Eduardo, arquitecto canario de gran mérito; tiene casi ciento ochenta pies de altura. El cuerpo del edificio data de 1500; el interior, de un hermoso gótico, ofrece tres grandes naves a lo largo y cuatro transversales, con once capillas laterales. Grupos de columnas del más bello efecto sostienen la bóveda: el coro, la cúpula, el altar mayor, el púlpito, todo es magnífico y grandioso en esta catedral».

«Me agrada recorrer de nuevo esta vasta catedral que yo había visitado cinco años antes en una primera excursión a Canaria —continúa escribiendo Sabino Berthelot—. La ceremonia de la bendición de las palmas que yo había visto celebrar no se había borrado de mi recuerdo. El interior del templo presentaba el más pintoresco aspecto: el piso estaba alfombrado de verdor; ramas de laureles de Indias y de retamas, junto a otras plantas aromáticas, exhalaban los más suaves perfumes. Los canarios mostraban ese día sus mejores vestidos. ¡Qué dulces miradas se percibían bajo sus elegantes man-

tillas! Los abanicos de doradas lentejuelas vibraban en sus manos con una rapidez maravillosa; este juego variado y sostenido era siempre acompañado de graciosas sonrisas: se diría que un enjambre de aves del paraíso, con sus alas desplegadas, revolotean bajo un cielo de fuego. Era un encantador cuadro de hermosas mujeres y de bellas flores, en medio de una iluminación deslumbrante y de un ambiente aromatizado. Las palmas, que se agitaban por todas partes, producían movimiento armonioso: portadas con gran pompa a los acordes de la música y de los cantos sacros, estas soberbias ramas proporcionaban a la fiesta la apariencia de un triunfo».

El tono ardiente de un enamorado de las Islas como lo fue Sabino Berthelot penetra en todos los aspectos y detalles de sus impresiones y descripciones. Pero tan romántica como la descripción literaria es la descripción gráfica de Las Palmas que a través de los magníficos grabados de Williams se inserta en la monumental *Histoire Naturelle*.

También en la primera mitad del siglo pasado visitó la ciudad el marino francés Charles Ph. de Kerhallet, quien en su obra sobre las islas Canarias, Madeira y Cabo Verde —que tuvo sucesivas reediciones y fue traducida al castellano por el capitán M. Lobo— se ocupaba ampliamente de la bahía de la Luz y ofrecía un cuadro descriptivo de la villa: «La ciudad de Las Palmas que comprende 14.360 habitantes está construida junto a las orillas de un delicioso barranco, que vierte en la bahía las aguas de las tierras altas; simple riachuelo en la buena estación, se transforma a veces en temible torrente en la de las lluvias...». «Se reconoce de lejos Las Palmas —indicaba igualmente— por sus blancas murallas, así como por la fortaleza llamada Plataforma situada en la parte norte sobre la colina de San Francisco». Observaba también este viajero que la ciudad «está rodeada de fértiles campos, que dan tres cosechas por año y de un valle plantado de palmeras y árboles frutales».

Apenas sobrepasada la mitad de ese siglo XIX Las Palmas inició su primera expansión moderna. La villa rompió aquellas blancas murallas para extenderse hacia el norte (barrio de Arenales). Simultáneamente se formularon los proyectos de construcción de un muelle en el Puerto de la Luz y de una carretera que uniría el antiguo casco con los futuros barrios de la zona porteña. Esta carretera sería después el eje de la *ciudad lineal* en que devino la casi improvisada textura urbanística de Las Palmas a fines del expresado siglo y a principios del actual.

Notes of a residence in the Canary Islands, the South of Spain,

and Algiers, illustrative of the state of religion in those countries se publicó en Londres en 1851. Escrito por el reverendo Thomas Debary, fue éste uno de los relativamente numerosos libros que se ocuparon del Archipiélago Canario en la segunda parte del siglo XIX y en los primeros decenios del XX.

Casi todas estas publicaciones viajeras dedican un espacio de mayor o de menor extensión a describir la ciudad de Las Palmas, como también las otras urbes más importantes de estas Islas. En estas descripciones los visitantes centran, naturalmente, su interés en diversos aspectos:

a) La impresión general que les depara la ciudad.

b) La arquitectura, en la que lógicamente encuentran un marcado contraste con el género de edificación de sus respectivos países.

c) Los edificios relevantes y los rincones pintorescos, singularmente la catedral de Santa Ana, el puente de Verdugo y el panorama que se divisaba desde su emplazamiento; las Casas Consistoriales, las iglesias, la alameda del XIX, el mercado, los pilares de abastecimiento de agua, las calles, etc.

e) La propia personalidad de la ciudad, en la que varios de los visitantes, teniendo especialmente en cuenta las características de su edificación, observan un carácter oriental y africano.

Las páginas que Thomas Debary destinó a Las Palmas son más que suficientes para insertar en su obra un amplio y variado cuadro de lo que era la ciudad a mitad de la pasada centuria. El reverendo desembarcó en la bahía de la Luz, junto a las costas de la Isleta: «se llama así no porque sea una isla sino porque parece que lo fuera. Está unida a tierra por un banco de arena». A lo largo de éste «tuvimos que hacer el camino hasta la ciudad principal de la isla, Las Palmas».

Con pocas palabras supo expresar Debary la impresión, acertada, que le produjo la visita: «El aspecto de la ciudad es peculiar; las casas son bajas, chatas y con tan enormes gárgolas para el desagüe de la lluvia, que la calle tiene más la apariencia de un fuerte, erizado de cañones, que de otra cosa. El sector pobre de la población vive en casas excavadas en las colinas de tierra y piedra que cuelgan sobre la ciudad».

«La ciudad de Las Palmas —prosigue la descripción— tiene una población de aproximadamente diez mil habitantes; está edificada a ambos lados de un barranco que la divide, por cuyo cauce discurre un arroyuelo cruzado por un elegante puente, construido por un an-

tiguo obispo de la localidad. Contemplando el barranco desde el puente se ven muchas palmeras y todo el panorama está coronado por el azul pálido de los Pechos, cresta montañosa de 6.500 pies de altitud.

«La ciudad está bien construida, y permanecen muchas de las casas originales levantadas por los primeros conquistadores y colonos de la isla. El edificio principal es la catedral de Santa Ana. Es lo suficientemente importante como para haber llamado la atención en un país europeo». Al referirse a este templo, Debary recoge una anécdota relacionada con Diego Nicolás Eduardo, racionero de Santa Ana y arquitecto que dirigió las obras de la fase moderna del edificio catedralicio a partir de 1781. Según este relato, Eduardo había elegido una determinada clase de piedra volcánica para la construcción de la bóveda, pero los trabajadores que la realizaban exteriorizaron su escasa confianza en la seguridad de esta parte de la obra dejando sus herramientas y abandonando el trabajo; entonces el canónigo y arquitecto tomó una silla y se sentó debajo de donde aquéllos trabajaban, de tal manera que su propia cabeza habría sido víctima de que las columnas no hubiesen sido aptas para sostener la bóveda.

En otro pasaje Debary se refiere al Patio de los Naranjos, claustro anejo a la catedral construido en el siglo XVII, al que recuerda con estas palabras: «Nada podría ser más agradable que aquellos claustros. La deliciosa atmósfera, el rumor del agua de la fuente y el conjunto de agradables asociaciones provocadas en mi mente por el carácter de este edificio: pero mi felicidad no duró mucho; el sacristán hizo acto de presencia y pidió mi salida; algo contrariado, regresé a la Fonda a leer los oficios».

El visitante hizo, igualmente, mención de otros edificios relevantes de la ciudad: «Después de la catedral el edificio más importante fue construido en el lugar que ocupaba el convento de Santa Clara y comprende una sala de lectura, una sala de café, una sala de baile y un teatro» —se refería Debary al Teatro Cairasco y Gabinete Literario; «en este club me introdujo nuestro cónsul y encontré muchos periódicos franceses y españoles, pero muy pocos libros. Pensaría que una biblioteca de libros modernos es una cosa enteramente desconocida en España». Esta apreciación no resulta totalmente sorprendente. Sin embargo hay que tener presente para su correcta valoración en este caso que la sociedad *El Gabinete Literario* se había fundado pocos años antes y que, por consiguiente, pocos li-

bros podrían albergar las estanterías de su más adelante mejor nutrida biblioteca.

«Al lado norte de este edificio —prosigue— está la Alameda, hecha con algunas pretensiones, y frecuentada cada tarde por las señoritas del lugar y los caballeros presumidos de las dos islas».

También describió el reverendo los alrededores de la villa: «Al sur de la ciudad entre las colinas y el mar se extiende un trozo de fértil y bien regada tierra de alrededor de una milla de amplitud». Al respecto hizo referencia al método utilizado en su irrigación, indicando su posible origen morisco. «Los surcos están arados en semicírculo, de modo que uno comunica con el otro. Al surco de arriba se le llama *madre* y el agua que se le echa corre por los otros en la parte de terreno cultivada».

Dada su condición de religioso, Debary prestó atención —correspondiendo, por lo demás, al enunciado de su libro— al estado de la religión en la ciudad. Pero, también, a una afición tradicional en Las Palmas: las peleas de gallos. «Era la cuaresma durante mi estancia en Las Palmas. La ciudad vivía entonces con gran entusiasmo los asuntos de interés eclesiástico, tanto como por las próximas peleas de *gallos ingleses* de las dos islas de Tenerife y Gran Canaria. El obispo había sido designado recientemente para la sede y acababa de llegar de la península, evidentemente con un juicio no muy elevado del estado de su diócesis, o de los conocimientos de la gente entre la que él había venido a vivir. Sin embargo, los canarios tienen varios colegios aceptables y son gente inteligente y alegre; y él solía dirigirse a ellos, según se quejaban, en términos demasiado pueriles; por el contrario, ellos se reían de él por su pronunciación porque era catalán» —se trataba del obispo Codina, cuyo nombre sería después recordado en una calle del casco antiguo de Las Palmas. Esto era —añadía Debary— «como si un irlandés se riese de un escocés por su pronunciación del inglés; pero es también una lección para aquellos predicadores que les gusta ser condescendientes con el nivel de entendimiento de sus congregaciones, y para hacerlo así frecuentemente dicen cosas vulgares; sin embargo, el celo del prelado era digno de alabanza y estos isleños lo necesitaban mucho».

Siguiendo el relato leemos que «el obispo con alguna justicia predicaba contra las peleas de gallos en los domingos de cuaresma». Veamos a continuación el encuentro del reverendo anglosajón con el espectáculo de la «cock-fighting»: «Decidí hacer una visita al suprimido convento de los agustinos, en el que estas exhibiciones tenían lugar, y ver la clase de gente que las frecuentaba. No soy uno

de esos protestantes que se alegraría de ver un convento pervertido para estos usos, y no fue sin repugnancia por estas causas y por otras como dirigí mis pasos al lugar. Cuando entré en los antiguos claustros el silencio era tan profundo como en aquellos días en los que el edificio estaba ocupado por religiosos; no es que estuviera vacío, sino, por el contrario, muy lleno. En el patio se colocaron filas de asientos alrededor de una amplia jaula, y los asientos estaban repletos de atentos espectadores; en los claustros superiores observé algunos de los clérigos y principales civiles y oficiales militares de la localidad. Llegué justamente a tiempo de ver la conclusión de una de las peleas; los dos desgraciados gallos eran apenas capaces de picarse el uno al otro por más tiempo; uno obligó al otro a dar unos pasos y entonces los dos permanecieron quietos, tan inanimados como si estuvieran rellenos, salvo que debajo de cada gallo comenzaron a formarse charcos de sangre. Esta era la señal para que los cuidadores entraran en la jaula a por ellos, les ahuecaran las plumas y trataran de estimular sus tendencias agresivas. Las agotadas criaturas hicieron uno o dos esfuerzos inútiles de contender, y cayeron sin vida. Cuando observé sus plumas estremeciéndose me sentí disgustado, pero inmediatamente un nuevo par muy vivo fue lanzado a la jaula, y comenzaron a saltar y a cantar para el combate, el interés resurgió, así pues era hora de dejar esta desmoralizante exhibición».

Los sentimientos del reverendo habían sido heridos por este espectáculo tradicional que aún mantiene su afición en Las Palmas. Pero ahí no había quedado la cosa: «El convento de los agustinos —añade Debary— estaba predestinado a una doble profanación; porque, una semana después, un toldo fue desplegado sobre el patio y fueron exhibidos caballos americanos».

Por aquellos años recorrió el Archipiélago Mrs. Elizabeth Murray, quien nos dejó su visión de las Islas en una extensa obra titulada *Sixteen years of an artist's life in Morocco, Spain and the Canary Islands*. En el capítulo VI del segundo volumen de este libro la señora Murray dedicó varias páginas a Las Palmas. Fue muy pobre la impresión que la artista recibió de esta villa: «La Real Ciudad de Las Palmas, la capital de Gran Canaria, es más bien una sombría e insípida ciudad», afirmación que E. Murray completa señalando que «posee una pobre apariencia» y que la pesada atmósfera de sus estrechas y apretadas calles provoca sentimientos de melancolía en el visitante. «La ciudad —prosigue— es bastante extensa, pero muy silenciosa, con poca animación en sus casi desiertas calles. Las casas

son de techo liso, semejando como si su ático hubiese caído. La apariencia de la mayoría es mediocre, pero aquí y allá se levantan en solitario algunas casas distinguidas, con cierta cursilería en su decoración arquitectónica». Su impresión general de la villa finaliza con una referencia a las vías urbanas de la época, las cuales describe salpicadas de casas ruinosas y de montones de escombros, tal como si hubiesen sufrido recientemente un terremoto. Estas frases no deben sorprendernos. Los propios ciudadanos de Las Palmas tenían un sentido crítico más acusado aún que aquel que demostraba la inquieta viajera. Para comprobarlo basta con leer la prensa local de la época.

No obstante la señora Murray no olvidó consignar un merecido piropo para la villa, escribiendo: «Una cosa, sin embargo, puede honradamente decirse en favor de esta vieja ciudad. Sus habitantes son en exceso amables y agradables para los extranjeros —al menos— tal fue nuestra experiencia». La visitante encontró muy corteses y hospitalarios a todos los isleños que tuvo oportunidad de tratar. «Como la etiqueta sería un inconveniente en estos climas tan bochornosos, siempre nos agradaba encontrar a gente que podía recibirnos sin formalidades, y cuya libre y sencilla amabilidad nos hizo muy pronto sentirnos tan cómodos como en nuestra propia casa».

Aquí ponía, también, el acento en el clima —tan diferente del de su país— y en las consecuencias que en la conducta de nuestros habitantes generaba, según lo que ella observaba. «Otro placer tropical es el de estar totalmente ocioso. Cuando el sol quema la tierra con un calor del que los ingleses que no han viajado, afortunadamente, no tienen conocimiento, a uno le gusta holgazanear a su modo, estar de pie, sentarse, dormir, despertarse como a uno le place. Durante estos días bochornosos, incluso los mismos camellos, con ese extraño zig-zag que les es peculiar, se mueven inadvertidamente, caminando deprisa o despacio, o permaneciendo quietos, según les guste».

Hay que representarse la plácida escena de las primeras horas de la tarde de cualquier día del mes de agosto en la tranquila ciudad de mitad del siglo XIX. «La gente duerme en sus casas durante el calor del día, pues hay poco movimiento hasta que se siente la fresca brisa de la tarde, cuando las *señoritas* comienzan a salir y arregladas con un ligero maquillaje aparecen con toda su lozanía y belleza en la Alameda». Allí también hacían acto de presencia los caballeros que, por lo que nos dice E. Murray, tenían un principal

tema de conversación en las peleas de gallos. «Las corridas de toros en España —escribe— nunca han sido tan populares como las peleas de gallos en Gran Canaria».

La descripción prosigue situando la atención en la bonita vista de Las Palmas que se contemplaba desde el puente de Verdugo: «Hay algo particularmente exótico en el aspecto de la ciudad, vista desde esta posición. En invierno, una corriente de agua procedente de las montañas fluye por el barranco, que está cruzado por un elegante puente construido por uno de los obispos anteriores. Las casas, que en esta dirección son de las mejores de la ciudad, están hermosamente salpicadas de naranjos y palmeras. Muchas mujeres van a lavar a este arroyo que corre por el barranco. En un lado del barranco se levanta la Catedral de Sta. Ana. Aunque sin terminar, es un edificio marcadamente elegante y de aspecto noble. Al otro lado se puede observar un anfiteatro de cuevas, algunas de las cuales, probablemente, sirvieron antiguamente de refugio a los aborígenes, mientras que otras son más recientes. Los habitantes más pobres, quienes, igual que sus antecesores guanches son todavía semitroglo-ditas, habitan estas no muy agradables moradas. A lo lejos puede verse la cordillera azul de los Pechos coronando el paisaje. En conjunto, la vista es desde luego única y encantadora».

Los párrafos siguientes de la descripción de Elizabeth Murray están dedicados a la catedral de Santa Ana en cuanto construcción más relevante de la ciudad, templo «del que sus habitantes pueden sentirse muy orgullosos». «En los gloriosos días de Isabel la Católica —recuerda—, cuando el genio español llegaba a su más alto grado, el arquitecto español don Diego Montaudé puso los cimientos de esta magnífica iglesia». Al referirse a las columnas realiza unas digresiones a las que prestamos atención: «Las columnas son muy elevadas y elegantes, participando en cierto modo de la forma de la palmera. Son así muy características de la ciudad en que está construida la catedral. Este hecho sugiere una pregunta que bien merece ser considerada. ¿Por qué no se adapta la flora autóctona de éste, o de cualquier otro país, a la arquitectura de sus edificios? Los egipcios sacaron provecho de su peculiar loto. Los griegos aprendieron una lección de su nativo acanto. Los naturales de Palestina obtuvieron sugerencias de la granada y del lirio. Y en el caso de estas islas ¿qué podría ser más apropiado para la ornamentación de sus casas que sus imponentes y macizos plátanos y su vigoroso áloe, para los que un contraste, a la vez sorprendente y bello, podría obtenerse en el elegante helecho o en la euforbia? ¿No podría la introducción de

formas sugeridas por estos árboles, plantas y flores, que aportan algo original con una mayor variedad, ser al mismo tiempo más consistente que el uso perpetuo del Griego almibarado o de otras decoraciones clásicas, que no atienden al carácter y tradiciones del pueblo o a las características naturales del lugar?».

E. Murray refiere seguidamente una anécdota que tuvo oportunidad de presenciar durante su visita a la catedral. Cuenta que el piso de piedra de la sacristía era mostrado a los visitantes como una auténtica maravilla y que el cura que lo mostraba manifestaba su perplejidad al no encontrar explicación al sostenimiento de aquél, que era al propio tiempo el techo del panteón. Entre el grupo de visitantes se hallaba el señor Stephenson, un famoso arquitecto inglés según nos dice la viajera, el cual sorprendió al sacerdote explicándole sobre un papel el principio conforme al cual se había realizado tal construcción: al tener forma de arco sólo precisaba el apoyo de las paredes laterales, que eran muy gruesas, para mantenerse.

También prestó atención a un objeto igualmente destacado en otras crónicas viajeras: «En la capilla mayor cuelga una maciza lámpara de plata. Está hecha de plata afiligranada, trabajo de artistas genoveses, y se dice que fue donada a la iglesia por el cardenal Ximenes en 1690. El altar y su mesa —añade— son magníficos, están labrados en plata martillada».

«Además de la catedral —podemos leer más adelante—, hay otros edificios hermosos en la ciudad de Las Palmas. Inmediatamente enfrente está el Ayuntamiento, que constituye un bello ornamento para la plaza». Menciona también E. Murray al colegio de San Agustín —«excelente colegio para la educación de los jóvenes»—, cuyo plan de enseñanza aparece aquí calificado como muy liberal, aunque también se destaca el gran orden y la estricta disciplina del centro. «Muchos alumnos, en su vida posterior, han proporcionado buena evidencia del excelente sistema de educación al que estuvieron sujetos en los tempranos años de su vida».

Finaliza su visión de la ciudad contemplando las perspectivas que la rodean, con numerosos jardines repletos de exuberantes flores de todos los colores, viñedos, huertas y tierras cuidadosamente cultivadas.

Otro reverendo, Chas. W. Thomas —capellán del *African Squadron* norteamericano que recorrió la costa occidental africana en los años 1855, 1856 y 1857— dedicó a las Islas Canarias una parte de las *aventuras y observaciones* recogidas en libro publicado pocos años después de su viaje. A su entrada en la bahía este visitante

recibió una buena impresión de la villa: «Desde el fondeadero, la ciudad presenta una bonita, una más que considerable, apariencia». El reverendo se hospedó en el *English Hotel* —«así llamado, quizás, porque los sirvientes no entienden una palabra de este idioma»—, instalado en una casa de «puro estilo morisco, o español, si se quiere». Durante su paseo por Las Palmas hubo de cruzar el viejo puente de Verdugo, fijando su atención en las estatuas que lo ornamentaban, en las que creyó ver representaciones de varias deidades paganas cuando en realidad figuran las *Cuatro Estaciones*. «Próximo al barranco está el mercado de frutas; y aquí hacemos tiempo por un instante, poniendo nuestros ojos en la más grande variedad de frutas y vegetales que nosotros jamás contemplamos en una plaza de mercado». Las calabazas, los melones y otras frutas de este género «sobrepasaban cualquier idea que hubiéramos podido tener de la exuberancia tropical. Hablamos como de un clima tropical, pues aunque no está incluido en esa zona que los geógrafos llaman tropical, su clima y producciones animales y vegetales permiten esta clasificación». El visitante realiza poco menos que un inventario de los frutos que se ofrecían en la plaza del mercado: calabazas, cebollas rosadas, racimos de plátanos color miel de cincuenta libras de peso, cestos de manzanas, granadas, peras, limones, melocotones, albaricoques, limas, naranjas, ciruelas, dátiles, moras, higos, melones y, entre ellos, frutos comunes en América, así como almendras, cacahuetes, todo ello alternado con ramos de flores, lo que proporciona una idea del mercado de Las Palmas en verano.

Por supuesto, Chas. W. Thomas no deja de dedicar varios párrafos de su descripción a la catedral. «Aunque poco se puede esperar en cuanto a arquitectura en el oeste de Africa y sus islas; sin embargo, la catedral de Santa Ana, todavía inacabada después de cien años de construcción, es un edificio grande y hermoso». Naturalmente el período de construcción que indica no se correspondía con la realidad: en aquellas fechas habían pasado trescientos cincuenta años, aproximadamente, desde que se comenzó a edificar el templo o, cuando menos, setenta y cinco de su segunda fase de construcción.

Y tampoco olvidó el reverendo Thomas una referencia al obispo local, cuya vestimenta nos describe en la forma siguiente: «Al pasar por la plaza pública nos cruzamos con el venerable obispo de estas islas, vestido con capa roja, pantalones negros hasta la rodilla, calzas de color escarlata y zapatos con hebilla plateada».

A continuación recoge el reverendo sus impresiones sobre la comida que le fue servida ese día. «En el hotel nos esperaba una

bien presentada y bien servida comida, pero seguramente más apropiada para el estómago de un Don Quijote que para el de un americano. El olor a ajo apareció ya en la puerta para contrarrestar el intenso apetito. Ajo en la sopa, ajo en la salsa de pescado, ajo en la salsa, *fricassée* al ajo, el pan, e incluso el postre, sabía a ajo...». Después le visitaron dos caballeros que le ofrecieron, al igual que a los oficiales del barco, el libre uso del club de la ciudad —el Gabinete Literario—, así como acompañarles a cada uno de los lugares que desearan visitar. «Nos pusimos a su disposición, paseamos por los lugares más agradables de la ciudad y visitamos el hospicio y el colegio femenino».

«En el hospicio hay sobre cien niños de edades comprendidas entre unos pocos días y catorce años, la mayoría hembras. Se les enseña a coser, a leer, a tejer, se les da comida y ropa hasta que ellos son capaces de ganarse la vida». En sus referencias a la vida en el hospicio se expresan lógicos sentimientos de tristeza. En cambio la impresión recibida en el colegio femenino fue muy favorable: en las salas, dormitorios y demás dependencias el «orden y el buen gusto eran manifiestos».

En la noche se reunieron en el Gabinete, en donde el presidente de esta sociedad ofreció un brindis «por las amistosas relaciones existentes entre Canarias y los Estados Unidos», el cual fue respondido por el primer lugarteniente W. A. Barlett en perfecto español. Un segundo brindis fue ofrecido «a la *Jamestown* y sus oficiales» y contestado por el lugarteniente comandante F. A. Armstrong.

«Habiendo contribuido al estrechamiento de los lazos de paz existentes entre nuestras naciones —decimos esto con bastante satisfacción, lector— fuimos a una muy iluminada plaza cercana, donde una banda militar interpretaba música selecta y donde paseaban las damas de la ciudad», a las que el visitante califica de muy bellas y de andares exquisitos. No obstante añade a continuación que aunque su caminar es admirable y sus negros ojos son suaves y bellos, éstos son muy lánguidos y carentes de vivacidad.

Finaliza sus observaciones el reverendo Thomas con unas consideraciones sobre las costumbres sociales existentes en la localidad, que compara con las de ciertos círculos de la sociedad norteamericana. «Aquí, igual que en España y en La Habana, los jóvenes de sexos opuestos no pasean juntos en público, a menos que estén prometidos y entonces son acompañados por la madre de la muchacha o por un pariente. La razón que se da a esta costumbre es que los sexos se tienen más respeto si se mantienen separados; pero

la verdadera razón es la sospecha de los padres, que son conscientes a menudo de que no han sido un buen ejemplo ante sus hijos».

«Estamos satisfechos —puntualiza— de que el grado de intimidad permitido en los *buenos* círculos de la sociedad americana —excluimos a los advenedizos y a los imitadores de los defectos de la sociedad extranjera ahora tan numerosos en nuestras ciudades— contribuye a la autodependencia y a la felicidad de ambos sexos». En apoyo de sus consideraciones esgrimía el reverendo una frase del vicario de Wakefield: «una virtud que requiere ser siempre vigilada, no tiene mérito».

«Al día siguiente a nuestra excursión permanecemos a bordo y el miércoles visitamos el nuevo pero prometedor colegio masculino». También recorrieron los cultivos de cochinilla de los alrededores de la ciudad. «El jueves, nuestros oficiales estaban comprometidos a cenar con la señora Mendoza Tate, de Carolina del Sur, quien está casada con un rico caballero de esta isla; pero se levantó al mediodía una violenta tormenta que nos hizo salir al mar y no regresamos más a Gran Canaria».

Una de las más pintorescas descripciones de Las Palmas de Gran Canaria en el último tercio del siglo XIX es la que ofrece Jules Leclerq en *Voyage aux Iles Fortunées*. Como otros viajeros, comienza este visitante escribiendo su primera impresión desde el mismo barco: «Subiendo al puente, he divisado el aspecto pintoresco que presenta Las Palmas, vista en longitud: está construida en anfiteatro sobre una colina y recuerda a Lisboa. Una franja de nubes cubría el paisaje, pero en segundo plano las cimas lejanas de la isla se destacan sobre el cielo azul, iluminadas por los primeros rayos del sol. La ciudad de Las Palmas se presenta de lejos mucho mejor que Santa Cruz».

La falta de un puerto para atracar y desembarcar era constatada por todos los viajeros que arribaban a Las Palmas. Al respecto Leclerq escribía: «Es raro que el mar no esté agitado ante Las Palmas, cuya rada está absolutamente descubierta; así los barcos de Europa prefieren hacer escala en Santa Cruz, que ofrece un atraque más seguro».

Coincidiendo con la estimación de otros visitantes, Leclerq observó un marcado aire oriental en la ciudad. «Estoy sorprendido del carácter oriental de Las Palmas: uno se creería más bien en una villa árabe que en una villa española: el aspecto de las viviendas, las callejuelas irregulares y montuosas, el tipo mismo de los habitantes, todo recuerda la vecindad de Marruecos. Aquí, como entre

los moros, las casas generalmente no tienen tejado; terminan en azoteas y son blancas como la nieve. Sólo la calle principal tiene un carácter europeo: es la calle de los negocios; es más animada y más hermosa que la calle principal de Santa Cruz, y se percibe inmediatamente que es en Las Palmas en donde se concentra la actividad industrial y comercial de Canarias».

«Un barranco divide la ciudad en dos barrios, que une un hermoso puente de piedra decorado con estatuas. Este puente cruza un río sin agua, lleno de piedras, y en mitad del cauce he visto campos de maíz. ¡He aquí un río que se respeta aún menos que el Manzanares! Desde el puente, la vista se extiende sobre lujuriantes jardines plantados de palmeras y sobre las casas de los suburbios que se superponen las unas sobre las otras, suspendidas en los flancos de las montañas».

«Acudí enseguida al mercado, donde pasé revista a los frutos del país, uvas, sandías, racimos de plátanos, tunos indios, etc. La pescadería, situada a su lado, es una encantadora creación que uno no encontraría en villa alguna de Francia. He podido observar allí el vestido de las mujeres del pueblo: se cubren de un velo de tela blanca que no es menos gracioso que la mantilla. Su tipo es más francamente moresco que el de las tinerfeñas: hay algo de africano en los destellos de sus miradas; tienen un bonito andar, gracias a su costumbre de portar vasijas sobre la cabeza, al modo árabe. En cada una de las islas del archipiélago se encuentran tipos diferentes y una manera diferente de vestir».

Uno de los rincones descritos por Leclercq es la romántica alameda de la ciudad del siglo pasado. «La ciudad de Las Palmas tiene una encantadora *alameda*: está sombreada de laureles de India, de palmeras de Cuba y de otros árboles que se cultivan en nuestras sierras de Europa. No he visto nada más bonito que este paseo público. En una placita próxima se levanta una agradable fuente coronada por el busto del poeta Cairasco».

«Dejando la alameda, he subido las tortuosas calles del barrio, donde bulle una población semidesnuda y he llegado a la fortaleza, desde donde se domina toda la villa. De no ser la catedral, cuyas torres recuerdan a las de Zurich, se creería ver una blanca ciudad morisca, con sus casas cúbicas de una deslumbrante blancura, sus azoteas, sus patios. Las palmeras que surgen de todos lados completan la ilusión a ellas debe la ciudad su nombre.

«La metrópoli canaria ocupa una vasta extensión: las casas están diseminadas aquí y allá sin cohesión, y los campos de cochinilla

han invadido hasta la proximidad de las viviendas. Nada es más pintoresco que el panorama de esta ciudad edificada entre el mar y las montañas, en un valle delicioso; el resplandeciente sol de los trópicos proporciona a sus blancas casas un fulgor deslumbrante que contrasta con el azul profundo del Océano. Al noreste surge el islote volcánico de la Isleta, que un estrecho istmo de arena une a la isla madre. Al otro lado se abre una graciosa perspectiva sobre un valle interior, donde una multitud de palmeras despliegan su aéreo follaje. Al oeste, la villa está dominada por altos acantilados acribillados de una infinidad de cavernas que habita toda una población de trogloditas. Estas excavaciones datan de los Guanches, que habían elegido allí su vivienda».

Nos relata, por último, Jules Leclerq la excursión que, en compañía de un comerciante marsellés establecido en Las Palmas, hizo al puerto de la Luz. «Seguimos el camino trazado a través de la arena del istmo que une la Isleta a Gran Canaria. El pico de Tenerife, que no se puede ver de Las Palmas, a causa de las montañas intermedias, es perfectamente visible desde el istmo. Gracias a la extrema transparencia del aire, el Pico parece encontrarse al alcance de un fusil, aunque esté en realidad a más de quince leguas de distancia...». Durante este recorrido llegaron a las fuentes de aguas minerales de Santa Catalina, «en donde se ha establecido recientemente una casa de baños». Sus aguas habían sido analizadas por médicos parisinos, los doctores Mehu y Laségue. «Situada a un centenar de metros del mar, Santa Catalina es la única fuente mineral conocida en donde se puede combinar el tratamiento interno con los baños de mar».

También el germano H. Christ percibió, tal como expone en su *Viaje primaveral a las Islas Canarias*, un tono oriental en Las Palmas por su cielo, sus palmeras, su tipo de construcción y sus habitantes. Vio en las gentes un aspecto morisco y también mulato por sus labios gruesos, fijando igualmente su atención en las mantillas blancas o de color crema que llevaban las mujeres, lo que también interpretó como oriental.

Este visitante recuerda, asimismo, las dificultades que tuvo para desembarcar, mientras la ciudad se le aparecía como Afrodita entre la espuma marina. Cuando aún se hallaba en el barco se había extasiado en las innumerables aguavivas que se veían en el agua: «su color es tan bonito como el vidrio de Venecia, son joyas del mar». Consiguió llegar a tierra en una barca. Allí le esperaba un coche tirado por tres mulos, que le trasladó a la ciudad a través de las cálidas

arenas de las dunas cuya única vegetación estaba constituida por los arbustos costeros. A su paso contempló que el mar alcanzaba hasta la carretera del Puerto.

Muchos de los detalles descritos por viajeros anteriores aparecen recogidos en las impresiones de Christ: el tipo de edificación, el puente y el barranco, la alameda, la pescadería —en donde se exhibían a la venta atunes, bonitos, doradas, salmones, peces voladores y tortugas—, la catedral y la plaza de Santa Ana, el valle del Guiniguada, etc. Llamaron su atención las muchas palmeras, que no había visto tan hermosas en ninguna otra parte del Archipiélago.

Christ residió durante su estancia en Las Palmas en el *Hotel Europa*, del que menciona sus amplias habitaciones y un curioso detalle: las camas tenían mosquiteros. Conoció al doctor Gregorio Chil, a quien presenta como antropólogo y coleccionista de antigüedades canarias, y vio su biblioteca en la que, dice, tenía todo lo que se había publicado sobre Canarias. El doctor Chil le mostró el Museo Canario, que estaba instalado «en un bonito edificio público» y así tuvo oportunidad de ver muchos esqueletos, momias y utensilios de los antiguos habitantes.

El *Hotel Europa* era por entonces el más adecuado lugar de hospedaje para los visitantes de la ciudad. Allí se alojó también durante su paso por Las Palmas una conocida visitante del Archipiélago en aquellos años, la señora Olivia Stone. El haber sido más difundida su extensa obra sobre nuestras Islas nos exime de ofrecer aquí una más amplia referencia de sus impresiones. No obstante, aludiremos a algunos de los aspectos que la viajera inglesa recogió sobre esta ciudad, que ella percibió a su llegada en la siguiente forma: «Desde la Luz Las Palmas aparece grande y de aspecto importante, como acostada sobre el litoral, ocupando en su mayor parte un terreno llano, ascendiendo gradualmente para terminar en una rocosa pendiente». Desde la bahía se dirigió hacia la villa a través del istmo que, a escala más reducida, comparó con el istmo de Auckland (Nueva Zelanda). «En cuanto cruzamos la parte más estrecha del istmo, pasamos a la izquierda los baños minerales, y a la derecha la tierra comienza a mostrar señales de cultivo; aparece un bosquecillo de palmeras, con una grande y bien construida casa en medio. Enseguida a cada lado de la vía se alinean las casas, que actualmente forman una prolongada calle, de este modo entramos en la ciudad. A lo largo de esta calle era curioso observar los braseros, no porque sean una novedad, sino porque su ambiente está cambiado. En lugar de viejas casas y pavimentos rotos tenemos aquí una cadena de nue-

vas casas, un regular pavimento y una excelente vía. Parece raro tener un pequeño brasero negro en el borde de la calle y una mujer en cuclillas aireándolo con un abanico de palma».

«La Fonda Europa es una amplia casa, que un comerciante inglés habitó en otro tiempo —escribe O. Stone sobre su lugar de residencia. Es alta como la mayoría de las casas de Las Palmas». La referencia sobre el hotel le sirvió para considerar una mayor semejanza de Gran Canaria con Africa y de Tenerife con Europa, por la diferente apariencia de las edificaciones de ambas islas; por lo que se refiere a Gran Canaria, en particular de Las Palmas: «No podría verse un solo pico en toda la ciudad, y el aspecto morisco es completado por las torres de la catedral, que son decididamente morunas. Las Palmas es una villa más hermosa que Santa Cruz. Las calles son más anchas, las casas más modernas y generalmente más amplias, pero carece del pintoresquismo que las sinuosas y estrechas calles, con aleros salientes, dan a su rival, y debido a la distancia de la perspectiva de montañas no tiene en su proximidad el gallardo y majestuoso escenario que da un encanto a Santa Cruz».

En su paseo por las calles del viejo casco de Las Palmas se detiene Olivia Stone en la Plaza del Pilar Nuevo y contempla la fuente que allí se había instalado a mitad del siglo XVIII: «...caminamos al final de la calle de los Balcones, en donde hay una pintoresca y antigua fuente, en la que los habitantes obtienen agua. Algunas muchachas tienen largas cañas que colocan en la salida del grifo, varios pies por encima de sus cabezas, y a través de aquéllos canalizan el atenuado chorro hacia sus recipientes».

Además de para el cónsul, Mr. James Miller, la visitante traía cartas de presentación para los historiadores locales Gregorio Chil y Agustín Millares Torres. Retrata al doctor Chil como a «un refinado y robusto hombre de cierta edad, derecho como un soldado». Y añade que «es uno de los historiadores de la isla, más dedicado a la literatura que a su profesión. Estudió medicina en París, pero ha ejercido poco, aunque es un concienzudo investigador». Tras señalar que es el fundador y cuidadoso conservador del Museo Canario hace alusión a la anécdota de la excomunión del Dr. Chil por su franqueza en expresar y defender sus opiniones darwinianas.

Agustín Millares Torres es presentado por O. Stone como «otro historiador, que es también novelista». De éste cita su *Historia General de Canarias*, próxima a entrar en prensa, y su «Historia de la Inquisición en Canarias», obra esta última por la que, igualmente, había sido excomulgado.

También Olivia Stone visitó dicho Museo, guiada por el Dr. Chil. Allí pudo contemplar la primera imprenta que se utilizó en Gran Canaria, pero sobre todo se sintió atraída por los vestigios de la población aborigen, especialmente por la cerámica, las pintaderas y las momias de los antiguos canarios.

Evidentemente, los viajeros anglosajones que venían a conocer las Islas Canarias eran mayoría en esta segunda mitad del siglo pasado. Charles Edwardes fue uno más entre ellos. Su libro *Rides and studies in the Canary Islands* nos proporciona cuadros descriptivos de paisajes y de localidades del interior de Gran Canaria, pero apenas se ocupa de Las Palmas. El siguiente es uno de los escasos párrafos dedicados a la ciudad: «La primavera cedía paso al verano y la visión resplandeciente de las blancas casas de Las Palmas me hicieron soñar con un barco de camino hacia casa». Luego nos cuenta las peripecias de su estancia en un hotel de la ciudad, en el que tuvo como compañero de habitación a un escocés que era maquinista de un vapor de la línea Cádiz-Buenos Aires, cuyos ronquidos impedían conciliar el sueño al señor Edwardes. Sin posibilidad de dormir por tal causa, éste se vio deambulando por las calles de la ciudad a las cuatro y media de la mañana. Involuntariamente había madrugado mucho para tomar un guía que resultó ser un extraño personaje llamado Pancho que había vivido muchos años en La Habana y que, sirviéndose de un escuálido pero resistente caballo, llevó a nuestro viajero por varios de los lugares más pintorescos de la isla.

Estamos ya en los años —los últimos lustros del XIX— en los que la mayor facilidad y comodidad en las comunicaciones marítimas permitieran una más frecuente y más numerosa arribada de viajeros. Se comenzó a construir en esa época el Puerto de la Luz, que inmediatamente proporcionó a la urbe un carácter cosmopolita que hasta entonces nunca había tenido. Inmediatamente inició su desarrollo una incipiente industria turística y la afluencia de un primer turismo que pasaba temporadas invernales en Las Palmas. El antropólogo R. Verneau —que en cierto modo culminó la fase de los viajeros científicos a Canarias— recordaba así los principios de esta importante fase de cambio en Las Palmas de Gran Canaria: «Antes de la creación del Puerto de la Luz no era fácil desembarcar en Las Palmas; allí el mar está agitado frecuentemente y existe una especie de barra en la punta del muelle. En 1877, vi zozobrar ante mí una chalupa conducida sin embargo por dos marinos que franqueaban a diario este paso peligroso. Pero hoy se puede desembarcar perfectamente en el nuevo puerto y en unos instantes un coche

os conduce a la ciudad». En relación con el Puerto de la Luz y su futuro escribía también que aunque no se encuentra más que «en estado de simple proyecto, puede ya acoger los barcos de alto tonelaje, que encuentran todas las facilidades para su avituallamiento. Situado en una posición excepcional, a cinco kilómetros de la capital de la isla, con la que está comunicado por una carretera llana, incesantemente surcada por los coches, este puerto está llamado a tener un gran futuro. Es además el único punto de Canarias en donde, en caso de mal tiempo, los barcos pueden encontrar un abrigo seguro».

«Vista desde el mar la ciudad de Las Palmas ofrece una impresión de las más pintorescas. A lo largo de la playa se extiende la parte principal de la ciudad, que está bordeada al norte y al sur por bonitas propiedades, bien cuidadas y plantadas de hermosos árboles; desde lejos se distinguen innumerables palmeras que muestran, por encima de las casas, sus penachos de hojas. Detrás, los diversos barrios se escalonan en anfiteatro sobre las montañas que terminan en pendientes bastante pronunciadas a una cierta distancia del mar. Al norte, el Castillo del Rey domina toda la ciudad, encaramado como un nido de águilas sobre una abrupta roca».

Dentro ya de la descripción de Las Palmas, el Dr. Verneau menciona monumentos y edificios más relevantes, comenzando por la catedral «que presenta un aspecto imponente», así como las otras iglesias, el hospital, el seminario, la pescadería y el teatro en construcción —el futuro *Pérez Galdós*— que una vez terminado «podrá competir con nuestros mejores teatros de provincia». Y cita también los hoteles, que son «numerosos y ofrecen una cierta comodidad: unos son dirigidos por españoles, otros por italianos, otros por ingleses. En uno, la *Fonda de Europa*, he podido tener una cocina francesa».

El movimiento comercial que se generaba con la construcción del Puerto de Refugio de la Luz y el régimen de puertos francos se dejaba ya notar en los tiempos de esta estancia de Verneau. «No es raro comprar allí artículos europeos a mejor precio que en Francia. No existe la aduana; los ingleses, y sobre todo los alemanes, exportan allá un conjunto de productos que ofrecen en condiciones que hacen muy difícil la concurrencia francesa».

Simultáneamente a este progreso mercantil comenzaba a desarrollarse un cambio en la zona del Puerto. «En 1878 no existían en el puerto de la Luz más que tres o cuatro casas», escribe. Y más adelante señala que sobre el emplazamiento de los antiguos túmulos aborígenes —cuyos restos óseos él estudió— se levanta «toda una

pequeña villa. Grandes depósitos de carbón, almacenes, un hotel, restaurantes, ocultan ahora a las miradas de los viajeros una parte de la vieja ciudad de los muertos».

Nos detendremos finalmente, por lo que respecta a la descripción de R. Verneau, en unas consideraciones del antropólogo sobre el carácter africano o europeo de la ciudad y de sus habitantes. «He leído en la relación de viaje de un turista que ha pasado unas horas en Las Palmas —se refiere Verneau a J. Leclerq—, que el tipo de los habitantes recuerda a los de Marruecos, que uno se creería más bien en una ciudad árabe que en una ciudad española. Las mujeres, según él, parecen moriscas, y ellas tienen *algo de africano en los destellos de sus miradas*. Yo no sé dónde ha podido encontrar estas semejanzas el autor al que hago alusión. Conozco Marruecos, he cruzado varias veces toda España y tengo la pretensión de conocer un poco las Canarias. Puedo añadir que, en mi calidad de antropólogo, he estudiado de una manera especial los tipos de poblaciones de estos diversos países, y declaro bien fuerte que me ha sido imposible constatar esta semejanza. Los habitantes de Las Palmas son muy españoles y yo diría igualmente que la mayor parte no presentan el tipo de los españoles del sur; el tipo árabe es también excepcional en esta ciudad y en el resto del archipiélago.

«Por las costumbres, las gentes de Las Palmas son también verdaderos europeos. Las mujeres del pueblo tienen el hábito de llevar sobre la cabeza no solamente *ánforas*, sino también paneras y los más diversos objetos; ellas no son *árabes* por ello».

Parece decir aquí Verneau la última y definitiva palabra sobre la etnia y la personalidad racial y cultural de los modernos habitantes de Canarias. Hay que tener presente que él consideró en principio que durante la prehistoria estas Islas fueron punto de arribo y reserva de antiguas razas europeas (Cro-Magnon). Posteriores estudios establecieron relaciones de la antigua población canaria con poblaciones prehistóricas del noroeste africano.

También el Dr. Stassano registra el cambio determinado en Las Palmas por la construcción del Puerto de la Luz con motivo de sendas visitas reseñadas en la *Illustrazione Italiana* con el significativo titular de *Las Palmas nel 1885 e oggi*, que fueron acompañadas de bellas ilustraciones del fotógrafo canario Luis Ojeda. Stassano subraya la gran diferencia entre el somnoliento aspecto que presentaba la bahía de la Luz en 1885 y el que ofrecía en su segunda visita, con la presencia de grandes vapores y de otras numerosas embarcaciones, así como el movimiento de los almacenes portuarios,

el surgimiento de un barrio en el sector portuario y el tranvía que se instalaba por entonces.

Antes de finalizar el siglo otro reverendo inglés Charles F. Barker viaja a Canarias con el objeto de difundir las Escrituras en lengua española. Fruto de su estancia fue un pequeño libro titulado *Two years in the Canaries*. Durante su visita a Las Palmas ofició en la iglesia anglicana, levantada en la zona de Ciudad Jardín al comenzar la última década de dicha centuria. Charles F. Barker nos dejó alguna observación interesante, aunque no desconocida, por supuesto, para nosotros: «Aquí la mayoría de la gente parece pobre, sin gusto alguno de las comodidades del hogar de los ingleses. Se ven muchas mujeres andando por las calles sin zapatos, niñas y niños saliendo de las casas». «En las casas más pobres las mujeres están sentadas en el suelo generalmente».

Como hemos indicado, muchos de los viajeros que vinieron a Gran Canaria en la última parte del siglo XIX y en los primeros años del XX eran ingleses. El importante establecimiento mercantil británico en Las Palmas desarrollado a partir de la construcción del Puerto de Refugio atrajo la presencia de muchos viajeros y turistas de su país, algunos de los cuales dejaron escritas las impresiones de su viaje. Las Palmas conocía entonces la profunda transformación apuntada. Se edificaban nuevos barrios, se sostenía un intenso movimiento comercial en el que jugaban importante papel los productos agrícolas de exportación —tomates y plátanos— que eran transportados hasta el puerto en grandes carros tirados por mulas, el puerto conocía un incesante y creciente tráfico de buques y un tranvía a vapor cruzaba la ciudad entre el casco antiguo y el sector portuario en un recorrido de aproximadamente seis kilómetros.

Esta es la ciudad que en los albores de nuestro siglo le tocó conocer a Margaret d'Este. *In the Canaries with a camera* contiene curiosos registros sobre la ciudad de aquellos años que, para terminar con esta relación de descripciones viajeras de Las Palmas, sintetizaremos seguidamente. Si las primeras impresiones son las verdaderas —comienza escribiendo Margaret d'Este—, entonces se puede decir con toda seguridad que Las Palmas es una ciudad bonita.

«Todavía recuerdo —con sorpresa— lo atractivo que parecía el lugar cuando nos deslizábamos tranquilamente dentro del puerto a nuestra llegada; el casi increíble azul del agua, salteado con matices de verde transparente y púrpura —la larga línea de dunas color naranja que se extienden entre el puerto y la ciudad— el delicado violeta de las colinas bajas que están detrás, las palmeras a la orilla

del mar, y la ciudad misma, las torres de su catedral semiveladas por la neblina, con su caserío sobre la costa a tres millas».

«La ilusión no se rompió cuando subimos a una *tartana* y con el frescor de la mañana transitamos por una carretera casi desierta en la dirección de la ciudad hasta que entramos en los jardines del Hotel Santa Catalina».

Y, escribiendo sus impresiones y sensaciones, indica Margaret d'Este que no es hasta después de un día o dos cuando la auténtica fealdad de lo que a uno le rodea empieza a ser apreciado, fealdad que para ella estaba asociada con el polvo, el calor, con el horroroso tranvía de vapor que pasaba rechinando y lanzando humo de un lado a otro de la costa y con el sufrimiento diario e interminable de los carros de mulas excesivamente cargadas que pasaban por la misma carretera hacia los muelles.

En otro párrafo insiste en el hecho de que de la mañana a la noche los carros de papas y plátanos procedentes de Telde y de Teror pasan haciendo ruido en su camino al puerto y señala que las mulas, que pertenecen a las compañías empaquetadoras inglesas —una de las cuales posee doscientas cincuenta mulas— eran robustas y bien alimentadas para su trabajo. Al respecto incluye ciertas consideraciones sobre la protección de los animales y la presunta influencia que indirectamente había tenido la colonia inglesa en Las Palmas en la disminución de la crueldad contra aquéllos.

El Hotel Santa Catalina, en donde residía la visitante, se emplazaba en lugar próximo a la carretera del Puerto por la que transitaban tranvías y carros tirados por mulas. Había sido abierto hacia 1890 y era el más importante de la ciudad. El hotel aparece descrito con sus amplios balcones y sus lujosos sillones de mimbre, como un auténtico oasis en una tierra aburrida. «Las enredaderas tropicales en el exterior, la hierba blanquecina, los espacios polvorientos alrededor de las palmeras y las abubillas que se escuchaban en los alrededores, recordaban un jardín egipcio».

También ofrece una relación de su visita al Museo Canario que le proporcionó «algunas de las más agradables horas» que pasó en la ciudad. La impresión de su estancia podría resumirse en esta frase suya: «Las Palmas debe agradecer a su clima y no a sus atractivos naturales el hecho de que es el centro de vacaciones de invierno más antiguo y mejor conocido de Canarias».

Algunos de estos relatos viajeros, de los que aquí hemos extraído las referencias concernientes a la ciudad de Las Palmas sin aludir para nada a las referentes a la isla de Gran Canaria y al resto del

Archipiélago, entran de lleno en la literatura turística. Era el tiempo en el que ya se publicaban numerosas guías turísticas de Canarias que comprendían los diversos aspectos que el visitante debería conocer. Sin embargo, ya no volveremos a leer las románticas descripciones del siglo XIX, ni tendremos ocasión de rescatar una rara noticia sobre la antigua villa, aunque escritores posteriores no olvidaron en sus obras a la ciudad de nuestro siglo: el inglés A. J. Cronin escenificará una de sus novelas en Las Palmas y uno de los últimos cronistas viajeros, el italiano Attilio Gaudio, también describirá a la ciudad de Las Palmas en la serie de artículos publicados en la revista española *Mundo* y agrupados posteriormente en su libro *Épicos y dulces Canarias*.

Aunque en relación con la arquitectura y la urbanización antigua y moderna de Las Palmas, y en general sobre la iconografía de la ciudad, muy poco nos pueden enseñar estas crónicas viajeras escritas a lo largo de siglos, sí nos ilustran, sin embargo, sobre algunos usos y costumbres lógicamente desaparecidos de sus habitantes. Y sobre todo manifiestan la impresión que en distintas épocas recibieron los europeos que visitaron esta ciudad. En tal sentido son como un espejo o, mejor, una pantalla que proyecta la imagen retrospectiva de la ciudad de Las Palmas tal como la veían los visitantes de otras tierras. Y desde este punto de vista encierran hoy un mayor interés para los propios isleños que para los lectores de los diversos idiomas en que fueron escritas.

ALGUNAS REFERENCIAS IMPRESAS
SOBRE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

THOMAS NICHOLS: *A pleasant description of the Fortunate Ilandes called the Ilands of Canaria*. Londres, 1583.

Traducción española en *Thomas Nichols, mercader de azúcar, hispanista y hereje*, por Alejandro Cioranescu. La Laguna, 1963. Página 108.

“To this citie from all the other ilands come al such by appeale, as have sustained any wrong, and these good judges doo remedie the same. The citie is called *Civitas Palmarum*. It hath a beautifull cathedrall church, with all dignities thereunto pertaining. For the publike weale of the iland there are sundrie Aldermen of great authoritie, who have a counsell house by themselves. The citie is not onely beautifull, but the citizens curious and gallant in apparell. And after anie raine or foule weather, a man maye goe cleane in velvet slippers, because the ground is sandie, the aire verie temperate, without extreame heat or colde”.

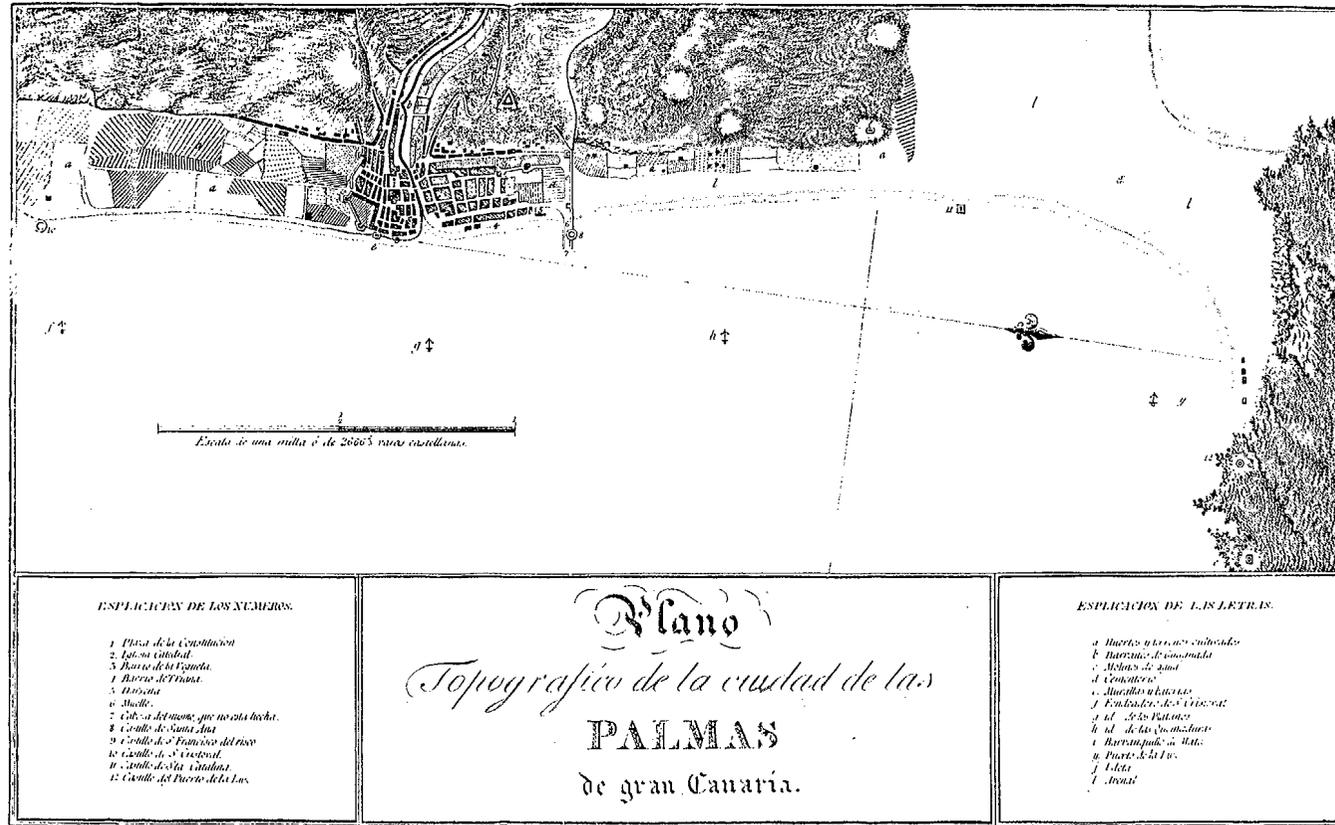
JAN ORLERS: *Nassausches Laurecrans*. Leiden, 1610.

Texto francés y traducción española en *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias*, por Pedro Agustín del Castillo; edición crítica, estudio bio-bibliográfico y notas de Miguel Santiago. Ediciones de «El Gabinete Literario» de Las Palmas de Gran Canaria. Madrid, 1948-1960. Tomo III, pág. 1065.

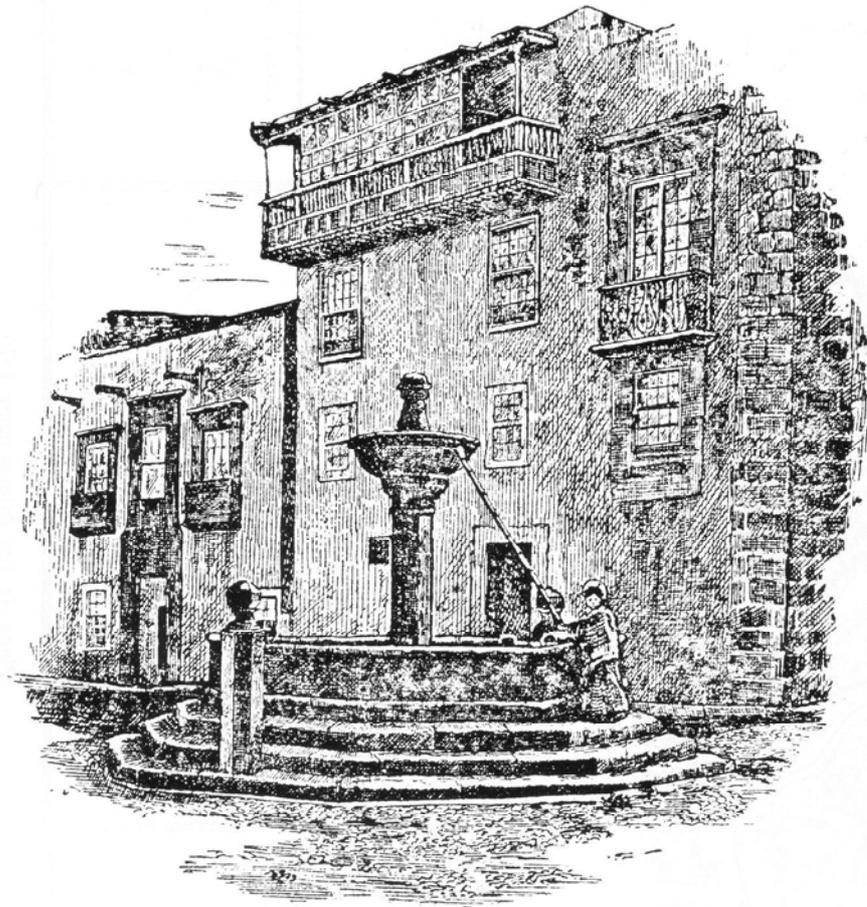
“Sur les costes orientales de ceste Isle, il y a une petite Ville, appellée *Allegona*, en laquelle il y a plus de 400 maisons. Cest la Ville Capitale de toutes les Isles de *Canarie*, & la Cour de leurs Juges, tant Ecclesiastiques que Politiques, en laquelle se tient l’Inquisiteur d’Espagne & du Gouverneur du Roy sur les dites Isles. *Allegona* est pourveu & fortifié d’un petit chasteau du costé de l’eau, & d’une muraille du costé du port vers le Nort-Nort Ouest, estant de l’autre costé assez garny & muni des sables de la mer & hautes montagnes. Au travers de la Ville court une petite eau, laquelle descend des montaignes prochaines & se va rendre en la mer, n’estant point .profondre, & partant aussi nullement commode pour les navires.

Le havre de la *Grande Canarie* est situé environ 400 pas vers le Nort Nort-Est de la Ville d’*Allegona*, de moyenne largeur & profondeur. Pour la deffence de ce havre le Roy d’Espagne y avoit fait dresser un assez fort Chasteau, appellé *Gratiosa*.

Toutes les forteresses de la *Grande Canarie* estoyent pourveuës de fortes garnisons, d’amunition, & autres choses necessaires”.



Plano de Las Palmas hacia 1820



Plaza del Pilar Nuevo
(Reproducida de la obra de Olivia Stone: *Teneriffe and ist six satellits*)



Panorámica de Las Palmas
(*Cinq années de séjour aux Iles Canaries*, de R. Verneau)



Mercado y Pescadería de Las Palmas
(*Las Palmas nel 1885 e oggi*, L'Ilustrazione Italiana, 16 y 23 de abril 1890)



Plaza de Santa Ana y Ayuntamiento.



El Puerto de La Luz a principio del siglo XX

NOTES OF A RESIDENCE

IN THE

CANARY ISLANDS,

THE SOUTH OF SPAIN, AND ALGIERS;

ILLUSTRATIVE OF

THE STATE OF RELIGION

IN THOSE COUNTRIES.

BY THE

REV. THOMAS DEBARY, M.A.

LONDON:

FRANCIS & JOHN RIVINGTON,

ST. PAUL'S CHURCH YARD, AND WATERLOO PLACE.

1851.

Eine Frühlingsfahrt
nach den
Canarischen Inseln

von
H. Christ.



Mit 26 Ansichten nach Skizzen des Verfassers.



Basel, Genf und Lyon
H. Georg's Verlag.
1886.